

Joaquín Verdú de Gregorio

Universidad de Ginebra y Fundación María Zambrano
verdu@informaniak.ch

María Zambrano
Exilios: raíz y rupturas del tiempo

Resumen

El tiempo de infancia integrado a su origen andaluz está presente en la obra de la pensadora, así como el de su adolescencia, ambos hondamente fundidos en su sentir con la visión de las correspondencias de Baudelaire. El tiempo de elección se difunde en dos vertientes: la filosofía y más tarde, con el devenir español en 1931, la historia. Mas la realidad zambraniana integra el sueño en sus diversas significaciones. La pérdida de la guerra civil española conlleva un tiempo de exilio, no solo de las personas sino de la palabra, que deviene profecía. Zambrano recurre al mito de Antígona, que en feliz simbiosis con el de Perséfone sostiene la palabra en un tiempo-olvido, como en las catacumbas, hasta que se abra la temporalidad a esa música que anuncia la palabra verdadera.

Palabras clave

María Zambrano, palabra, exilio, sueño, Jung, Kafka, guerra civil, mitos, Antígona, Perséfone.

Abstract

The period of childhood –assimilated with her Andalusian origin– and also that of her adolescence are present in the author’s work and both are deeply fused in her feelings with a vision of Baudelaire’s correspondences. The moment of choice takes two paths: first that of philosophy and later, following developments in Spain in 1931, that of history. Yet Zambranian reality incorporates the dream aspect in its multiple readings. The ensuing defeat in the war entails a time of exile, not only for people, but also for the word, which becomes prophecy. The author turns to the myth of Antigone which, in perfect symbiosis with that of Persephone, suspends the word in time-oblivion, as in a catacomb, until temporality shall embrace the music that announces the word of truth.

Keywords

María Zambrano, time, word, exile, dream, Jung, Kafka, civil war, myths, Antigone, Persephone.

Recepción: 1 de julio de 2013
Aceptación: 10 de julio de 2013

Aurora n.º 14, 2013
ISSN: 1575-5045, págs. 78-92

Fluye el pensamiento y a la par la persona de María Zambrano en lo que pudiéramos denominar como una convergencia divergente de visiones y tiempos, sobre los fundamentos y razones de una humanidad que históricamente se ubica en esa temporalidad cercana a la primera guerra mundial –época de su juventud y adolescencia– y el temido periodo posterior que solapadamente ya enunciaba y cuyo trasfondo tan solo el testimonio de unos pocos preveía, en contraste con una mayoría silenciosa e impelida por el temor de un retorno de la tragedia sufrida. En el espacio creador el «arte por el arte» o la «poesía pura»... recreaba una realidad alejada de la que subterráneamente iría a desembocar en la guerra civil española como trágico preludio de la europea.

Y en este perimundo, el sentir de nuestra pensadora anhelaba «ir rectamente hacia el corazón de las cosas [...] Porque tenemos el ser suficiente para que en él se abran las heridas [...] había llorado de niña reprochándole a la vida, envolviéndolo todo en su reproche y todo había nacido de sí misma [...] por haber sido demasiado rica y colmada de ternura y amor; de sus padres, de otras gentes; por haber vivido en aquellos jardines maravillosos, con nostalgia, siempre, de otro lugar más encantado, su Andalucía natal quizá, dejada atrás de pronto, por nostalgia de una felicidad perdida y de la que recordaba el perderla, el estarla perdiendo siempre».¹

Se nos desvela esa etapa de infancia –*the child is the father of the man*, en palabras de Wordsworth– como un *tiempo preservado*, poético, integrador del mito o del cuento, cuya pérdida implica un salir de esa imagen de paraíso original, la caída hacia un nacer que conlleva una soledad, no necesariamente angustiada –a imagen de la sentida por Kierkegaard–, sino una soledad que debe ser habitada, integrada en el ser: «cuando a solas en su cuarto o en su jardín o entre la gente sentía (una) presencia, no sabía qué; se sentía mirada, vista desde lo alto, esto es más cerca de la verdad, más libre de interpretación...», y es ahí donde fermenta su pensamiento, trascendiendo esa su primera visualidad poética o más bien sin oponerse, y donde irá desvelando el que ella llama su «camino recibido», que la encauza a «mantener en suspenso y hasta destruir» otras posibilidades en su itinerario vital, imágenes ilusorias que pudieran precisarse por los «habría», los «hubiese», los «si no fuera por»... Y la respuesta le adviene por medio de la filosofía «en ansia de verdad y justicia, de vivir adecuadamente a una pobreza íntima, de no sobrepasarse».² Sería una de las variantes del «tiempo de elección», de su vocación en la existencia.

Y la búsqueda de su verdad queda reflejada en aquellas imágenes tan hondamente integradas en una tierra trascendida por la mirada visualizada a través de la contemplación «en esa luz, que parece venir de la nieve de la sierra con el olor de los pinos, del tomillo siempre verde, de la tierra pobre y desnuda, bajo la luz azul...». Presencia de la tierra y a la par del aire como hálito de una realidad que se manifiesta en su horizonte. En su visión de infancia entre los brazos

1. Zambrano, M., *Delirio y Destino*, Madrid, Mondadori, 1989, pág. 23.

2. Op. cit., págs. 23-24.

3. Op. cit., págs. 24-25.

4. Calvino, I., *Seis propuestas para el próximo milenio*, Madrid, Siruela, 1990, págs. 19-20.

5. Zambrano, M., *Delirio y Destino*, ed. cit., págs. 24-25.

6. Bachelard, G., *El aire y los sueños*, México, FCE, 1952, pág. 47.

de su padre elevada desde «el suelo hacia lo alto», y al estar arriba, a mirar desde lo alto hacia la cabeza de su padre, las cosas, «las ramas, las paredes que se movían, iban cambiando y eso: atender a lo que cambia, ver el cambio y ver mientras nos movemos, es el comienzo del mirar de verdad; mirar que es vida».³

La concepción de la mirada en María Zambrano semeja armonizarse con la de *la legerezza*, la levedad de Italo Calvino, cuando nos dice que:

en el momento en que el reino de lo humano parece condenado a la pesadez, pienso que debería volar como Perseo a otro espacio [...] he de cambiar de enfoque, he de mirar el mundo con otra óptica, otra lógica, otro modo de conocimiento y verificación [...] Lucrecio quiere escribir el poema de la materia, pero nos advierte desde el comienzo que la verdadera realidad de esa materia consiste en corpúsculos invisibles.⁴

La mirada en este universo trasciende, a la par, en los reflejos de la correspondencias expresadas por Baudelaire en su poesía: «Les parfums, les couleurs, et les sons se repondent». Un conocer por mediación del sentir. Y a una sollicitación del mundo exterior acuden todos los sentidos, mas es uno de ellos el que se destaca sin desarmonizarse de los demás. Y ello conlleva, según el parecer de Walter Benjamin, la reminiscencia de aquellos tiempos remotos, tiempos originarios del ser, y así desvela «esa simplicidad (que) para los que de verdad han nacido debe ser, el Ser».

La pensadora irá enraizándose en la verdad de su vida, en el sentir vital de su existencia, «estaba viva ahora, comprendida, tenía que rescatar todo lo que ni había sabido hacer suyo, su alimento», lo que ella llama «almendra del ser».

Y la realidad vital, diríamos viviente, anida no solo en la inmediata sino en la trascendida por el universo de los sueños. «Estamos hechos de materia de sueños», exclama Próspero, el personaje de *La tempestad* de Shakespeare, y para Calderón, tan presente en el filosofar de la autora, *La vida es sueño*; y por ello aduce: «Sí, debía meterse dentro del sueño que la había engendrado».⁵ Pues que «el ser de la ensoñación atraviesa sin envejecer todas las edades del hombre, desde la infancia a la ancianidad».⁶

Ir hacia el verdadero *sueño* ya entraña *un despertar*, despertar de ese *estado de sueño* en el que el sujeto quedaría limitado en una realidad que se asemejaría a una fortaleza que rechaza a todos aquellos emisarios que pudiesen desbloquear una realidad aseguradora-social, política, familiar, individual... Quedaríamos en un estado de pasividad en el que el individuo no tiene participación alguna, una atemporalidad, *duración* la llama Zambrano, integrada en una cronología que se pudiera definir como fatalidad.

Mas el despertar vaticina el camino del sujeto hacia el sueño que lo habita, hacia su ser. Desbloquea la pasividad para abrirse al verdadero sueño y desentrañarlo. Despertar significa descifrar el sueño e integrarlo en la realidad, que al acogerlo amplía sus horizontes, quebrando la atemporalidad. El ser despierto es cocreador de su propio tiempo cuando trasciende en su realidad en el momento y espacio adecuados, cuando se logra esa dimensión de ser que irá despertando y trascendiéndose. Y así, «el hombre es el ser que padece su propia trascendencia».⁷

Sueño y realidad se armonizan: «En los sueños se presenta algo que a la par es sin escape posible. Y en ellos el sujeto no tiene, por tanto, intervención alguna. Mientras que la realidad se presenta, ante todo, al sujeto la posibilidad de una acción, un pensamiento, una decisión, es decir el ejercicio de una libertad».⁸

Si el mundo de los sueños ha estado presente desde los orígenes de la humanidad en profunda ilación con las manifestaciones de lo sagrado, su renacer en el mundo que pudiéramos llamar científico es sin duda debido a Sigmund Freud, y así lo reconoce nuestra pensadora diferenciándolo de los freudistas y, a la par, distanciándose de su *Interpretación de los sueños*. Pues que el sueño de la *psique* trasluce la potencialidad de la *orexis*, «un deseo que proviene del Pasado aunque estalle en el Presente, un pasado que, cuando se trata del historial de la *psique*, decide las dimensiones del tiempo [...] ese pasado que proviene de un período de vida en sus primeras impresiones, o censuras, que podríamos llamar natal. Correspondería a una situación en la que el sujeto no existe o es para la muerte, pero sí bajo la muerte».⁹

Pues lo que se considera es liberar al sujeto de su *personaje*, que cual actor poseído de su papel, sin respirar un momento de libertad, cual envuelto en una máscara que según una circunstancia personal o social se ha ido conformando inconscientemente y que sofoca y destruye a la *persona*, con su correspondiente conflicto sin disipar. Y si la máscara ahoga la historia, quedaría condenada a la fatalidad, en ese sueño ciego, como tantas veces se ha visto; sin olvidar el pasado siglo.¹⁰ «Había descendido hasta las muecas del hombre, subí hacia la sinceridad de la naturaleza», nos dice Balzac.

Y es que en estos sueños «la atemporalidad flota en una especie de vacío que, a veces, toma forma plástica, como una extensión ilimitada, como un horizonte de una blancura. Las dimensiones temporales tienden a ordenarse o aparecen ordenadas».¹¹

Y entonces si el sueño despierta en el tiempo adecuado, *al par que fantasmas, fluiría la primera forma de conciencia de sí mismo* que puede constituir la revelación del sujeto en el existir, en el sentido de *salir de*; y existir sería ese movimiento que se actualiza en la esencia: *el ser tiende a su finalidad, no se retrae*.

7. Véase Zambrano, M., *El sueño creador* en *Obras reunidas*, Madrid, Aguilar, 1969, págs. 17 y ss. (Igualmente en *Obras Completas*, vol. III, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2011, págs. 845 y ss., aunque las citas corresponden a la edición anterior).

8. Op. cit., pág. 31.

9. Op. cit., pág. 36.

10. Op. cit., pág. 39.

11. Op. cit., pág. 43.

12. Op. cit., pág. 45.

13. Op. cit., pág. 35.

14. Jung, C. G., *L'Âme et la Vie*, París, Buchet-Chastel, 1963, pág. 71.

15. Eliade, M., *El vuelo mágico*, Madrid, Siruela, 1992, pág. 52.

16. Zambrano, M., *El sueño creador*, ed. cit., pág. 43.

Aún más hondamente sería el despertarse al borde de la palabra, al inicio, enigmática: *despertarse con la palabra arranca de ese impulso hacia la luz, de saludar el nuevo día, de darse a algún semejante.*

Mas la palabra puede fluir «dentro del soñar mismo, la palabra soñada... de donde la palabra habiéndose escapado de algún lugar de donde la palabra no suele venir... son las palabras que anuncian y provienen del silencio».¹² E incluso es el hallazgo de aquellas que se consideraban perdidas.

Y por *la palabra o en ella el ser humano se descubre a sí mismo, se manifiesta. El tiempo se actualiza a través de ella-palabra en el tiempo*, que expresara Antonio Machado. Esa palabra nos descubre la realidad revelada por la actuación del sujeto. Sería, pues, una *verdad*.

Verdad que se da en la transparencia del tiempo, ese Presente es ya Supratemporalidad. El nivel en que el tiempo múltiple se hace UNO.

Pero no puede olvidarse que el soñar se integra en un cuerpo, «en una psique, en un tiempo histórico, en una tradición, en una herencia... que arrastra consigo algo de todas las fases de la historia. Y en este sentido el inconsciente colectivo descubierto por Jung no puede menos de ser aceptado». Mas para la pensadora «el inconsciente histórico o de la historia sea quizás más apropiado».¹³

Jung nos desvela que:

el sueño es una puerta estrecha, disimulada en aquello que el alma tiene de más oscuro y más íntimo; ella se abre sobre la noche primigenia cósmica que preformaba el alma mucho antes de la aparición de la consciencia, del yo, y que se perpetuará mas allá de aquello que una consciencia individual haya jamás alcanzado [...] Por el sueño nos sumimos en lo más profundo, lo más verdadero, lo más general, lo más durable, que bucea todavía en el claroscuro de todo y todo estaba en él, en el seno de la naturaleza indiferenciada e impersonalizada.¹⁴

En equidistancia con lo anterior, «el contenido mítico de las religiones es la manifestación misma de la vida del alma, especie de procesión de los sueños objetivados en que lo humano se revela asimismo y busca su lugar [...] Y para ello hay que pasar por diversas zonas, transitar en el sentido de traspasar uno tras otro diversos umbrales, lo que sólo es posible trasformándose».

No se puede olvidar el que, «desprendidos de las religiones, con existencia ya autónoma aparecen los grandes géneros de creación por la palabra que vienen a ser como pasos de esta procesión de ensueños, de ese irreprimito trascender de lo humano»,¹⁵ donde, «sin violencia el ser humano se reconoce a sí mismo y rescata, dejando, al transformarse, la oscuridad de la entrañas, conservando su secreto ya en claridad».¹⁶

Pues lo que se busca es ahondar en la concepción del ser que para Jung supondría la superación e integración de las dos características de cada individuo, el *animus*-parte masculina y el *anima*-parte femenina; y de lo que se trata es de alcanzar esa fusión o armonía entra ambos, es decir el *sí* (mismo) en la visión del psicólogo, y cuando más profundamente buceamos en el inconsciente más cerca los hallamos de esa alteridad. Jung es quien más claramente ha mostrado el psiquismo humano en su primitivismo andrógino: «El inconsciente no es un consciente reprimido, no está poblado de recuerdos olvidados. El inconsciente mantiene en nosotros potencias de una primitiva androgenia. Por ello, Nietzsche nos recuerda que Empédocles se acordaba de haber sido muchacha y muchacho».¹⁷

Se podría establecer una intercomunicación en la versión del sueño de los citados pensadores y Zambrano, mas lo que en cierta forma se pretende restaurar son aquellas fases de la humanidad que han acompañado al individuo en su camino hacia el ser desde *Aquel* que Theilard du Chardin llamara el *Adán de las cavernas*. Estaríamos ante un *Tiempo Olvido*, que bien pudiera reflejarse en los versos del poeta Luis Cernuda:

Donde habite el olvido,
En los vastos jardines sin aurora;
Donde yo solo sea
Memoria de una piedra sepultada entre ortigas
Sobre la cual el viento escapa a sus insomnios.¹⁸

La realidad, pues, para la pensadora queda netamente alejada de conceptos que la reducirían a lo inmediato o a formas convencionales; su tratamiento del sueño la trasciende, diríamos que la amplía *cual una alucinación artística* –no confundamos con la alucinación psicológica–, que se mostrará como iluminaria, frente al destino de la historia. Flaubert nos habla de esa diferencia, cuando lo real se abre a lo imaginario. Y en la escritura de María Zambrano lo visual y lo auditivo amplían la realidad despierta, así como las sensaciones olfativas y táctiles quizá no lejos del enunciado de la poética visionaria de Rimbaud: «un long, immense dérèglement de tous les sens». La mística visualista fluiría más hondamente en *Claros del Bosque* y en su tratado *De la Aurora*, que bien pudieran ser expresión del enunciado expuesto.¹⁹

A lo largo de su trayecto vital la filósofa se ha preguntado por su vida, toda la vida que tenía ante sí –¿por qué sueño estaría formada?– y respecto a las etapas de su adolescencia y juventud: «ir entrando y comenzó a vivir sola ese sueño y el sueño del mundo y de Europa, que aparecía, encontrarse también con ella, sin obligaciones, sin circunstancias constrictoras, en anchura lo elegí: con toda la vida».²⁰

Tiempo de historia, o en el que puede despertar hacia una concepción humana de la historia, y tiempo vital se encuentran en esa

17. Bachelard, G., *La poétique de la rêverie*, París, Quadriga, PUF, pág. 50.

18. Cernuda, L., «Donde habite el olvido» en *Poesía Completa*, Madrid, Siruela, 1993, pág. 201.

19. Véase «Le réalisme halluciné. Entretien avec Jean-Francois Chevrier», *Cahiers du Cinéma*, núm. 688, abril de 2013, pág. 92.

20. Zambrano, M., *Delirio y Destino*, ed. cit., pág. 28.

21. Op. cit., pág. 33.

22. Zambrano, M., *Persona y democracia*, Barcelona, Anthropos, 1988, pág. 136.

23. Zambrano, M., *Delirio y destino*, ed. cit., pág. 30.

elección que se abre hacia un futuro en el horizonte, pues, aunque parezca olvidado, la historia es sueño: «Soñamos nuestro inacabado ser de muchas maneras, en la poesía ante todo, en todo arte [...] y a la par en la acción general del hombre que en cuanto tal es historia».²¹

Mas el sueño de la historia es solidario con ese otro ser que denominamos pueblo,

y en este camino, el pueblo, la idea y la realidad tenían que aparecer necesariamente. Pues la diferencia entre pueblo y cualquier casta privilegiada o minoría superior, es que su realidad y su valor residen simplemente en estar compuesto de hombres, de seres humanos, en que en él aparece la realidad humana sin aditamento alguno. El hombre del pueblo es, simplemente, el hombre. Y su figura es la primera aparición de la persona humana libre de personaje, de máscara.²²

Y ese sueño deviene lúcido cuando irrumpe en aquellos momentos del acontecer humano individual o colectivo en el que un pueblo despierta «porque su ensueño, su proyecto se lo exige, le exige conocerse, conocer su pasado, liquidar las amarguras que guarda en su memoria, poner al descubierto las llagas encendidas, realizar una acción que es a la par confesión, purificarse haciendo...» Era aquella hora histórica de 14 de abril de 1936...²³

Hubo voces, generaciones aisladas, solitarias como la de Larra y su queja por el mal de España, Ganivet y su suicidio en la lejana Finlandia por la enfermedad de España... Ser español, exiliado en la propia España, como exiliados fueron los liberales en el siglo XIX; era doloroso, una herida abierta que ya se iniciara en la que Américo Castro llamara «edad conflictiva», originada con la expulsión de los judíos, y más tardíamente la de los árabes.

El despertar histórico hacia la República *semeja a una aurora nueva como el resurgir de una España niña, la «niña» fue llamada la República decimonómicamente.*

María Zambrano siempre busca plasmar los acontecimientos decisivos, otorgarles una faz, una imagen, y recordamos los *aforismos* de Wittgenstein, «el rostro es el alma del cuerpo», pues la pensadora plasma en el lienzo de Velázquez, *Las Meninas*, su sentir sobre el suceso

No nos sentíamos herederos de nada. Hijos sí, con la función propia del hijo desde siempre, la de tener que despertar a sus padres. Enseñada la República, en su breve e indeleble existencia resultó ser la Niña. Esa que parece inconfundible en la pintura española y en especial el más diáfano cuadro de la historia. Esa niña que no puede acabar de coger la rosa que le ofrece la enigmática aya. Rodeada de monstruos del inconsciente mientras en la claridad del fondo el

maestro, que mira cuando se está yendo, deja entregada su mirada. Y en el espejo del fondo, las figuras casi ahogadas de los reyes como si un pasado remoto estuviese mirando así todo sin ver apenas nada. ¿Y quién mira a la niña? Todo parece estar y moverse en función de ella, centro pálido e indefenso. Alba incipiente inclinándose detenida en el tiempo cuajado, ofrece tan sólo su presencia que sólo el fluir del tiempo vivificaría.²⁴

24. Zambrano, M., *Los intelectuales en el drama de España*, Madrid, Trotta, 1998, págs. 78-79.

25. Op. cit., pág. 80.

26. Zambrano, M., *La Cuba secreta*, Madrid, Endymion, 1996, pág. 75.

27. Op. cit., pág. 73.

Toda esa alba incipiente, esa aurora que se busca y que se enraíza en la palabra y en la temporalidad de una verdad que es vida, no fluiría frente a la atemporalidad de esas imágenes que pasan y tornaban a pasar como aquellas del cuadro. Frente a ello, junto a los vencidos,

el sacrificio anejo a aquella contienda civil, daba testimonio. Mas ¿de qué? sacrificio mudo, sangre sin palabra. La palabra yacía cuajada, palabra que aún cuando transparenta mínimamente la verdad, es vida en sí misma.

Y es la mentira aparentemente vencedora, pesadamente, una sentencia de muerte... Mas no se siembra, esta mentira prolifera, ocupa la extensión que ella misma ha de ir haciendo, lo que fácil le resulta cuando todos los medios para ello están dispuestos.²⁵

Ya que, por otra parte, acontece que el sueño no halle el espacio adecuado para despertar y quede cerrado sin posibilidad de una salida, de un trascender, y adviene la pesadilla cuya expresión ya no puede ser la palabra sino el grito. Y como precursor de su aciago anuncio en los modernos tiempos.

Quizá nadie como Franz Kafka, quien pudiera considerarse como uno de los profetas de las tragedias del siglo xx –totalitarismo, nazismo, fascismo, genocidios, Shoah, colonialismos...–, ha expresado el despertar del sueño en pesadilla y Zambrano ha descendido con honda lucidez hacia las oscuridades que laten en su creación. Lo considera formando parte «de esas gentes nacidas a destiempo, a quienes el dios terrible del tiempo, de la época histórica, que sus ojos han tenido que ver... mártires, llamados a dar testimonio no... de la luz, sino de la oscuridad; no de la revelación, sino de una destrucción violenta».²⁶

Pues que esa pesadilla-sueño, donde la palabra no adviene, se oculta para dar salida a otra expresión: el grito. *Y mientras*, ante esos opacos acontecimientos,

no creemos en su solidez, creemos (en) su desaparición sin dejar rastro [...] y cuando ya ha pasado, los sentimos incrustados en nuestra conciencia, casi formando parte de ella, sentimos que jamás podrán ser olvidados, que su suceso estará siempre pasando y volviendo a pasar [...] cada vez tienen más fuerza, porque cada vez serán más claros.²⁷

28. Op. cit., pág. 72.

29. Op. cit., pág. 76.

30. Expresión utilizada por la autora en el discurso de aceptación del Premio Cervantes.

31. Zambrano, M., *Los intelectuales y el drama de España*, ed. cit., pág. 84.

El tema de *La metamorfosis* queda alejado del de la fábula o el mito en los que el hombre no había roto su comunicación con el resto de las criaturas ni con el entorno que le rodeaba:

Ahora la metamorfosis nos conduce al tiempo catastrófico [...] la desgarrada posibilidad abierta de nuevo, el final de un largo camino. Es el animal inhumano en que ha venido a transformarse el pobre muchacho de una ciudad de Centro-Europa de principios del siglo xx, no tiene ni siquiera forma, es sólo materia bestial, barro sin sopleador. Es el gusano, la larva... ya no tiene conato de ser de nada, abandonado su propia sordidez. ¿Qué hará el gusano? ¿Qué hará la larva? Sólo durar mientras llega la muerte; una muerte en la desintegración total que no engendra unidad alguna [...] como los viejos utensilios sin belleza que arroja a diario el vertedero de las grandes ciudades.²⁸

Y no olvidando a las víctimas, Kafka nos ha legado en *El proceso*, «la presencia de esos culpables misteriosamente elegidos, inesperadamente señalados por el dedo de la justicia. Después de esta elección siniestra perderá su distinción, pues nos enteramos de que muchos hombres son así llamados, casi todos los que andan por la calle, [...] tienen un proceso en marcha».²⁹

Pero mientras, con más o menos amplitud y claridad, el ser del hombre continúa realizándose, haciéndose a sí mismo, y a la par que haciéndose, humanizando la historia. Y más cuando esta historia ha surgido en un momento decisivo en la temporalidad humana. La pensadora, fiel a la palabra, siente que el ámbito español tras los «gritos bárbaros de la victoria»³⁰ no puede albergarla, debe guardarla o manifestarla en el tiempo o espacio adecuados en la espera de su germinación.

Y que ha fluido de aquel conflicto entre el hombre que pide vivir y la historia, o más bien frente a esa antihistoria que lo condena y seguía en pie, pero una nueva vida había al fin atravesado el dintel y pretendía, soñaba un nuevo sentir del acontecer humano frente a una historia sacrificial, «la que exige el sacrificio total, que no es el de ir a morir, sino el de tener que matar».³¹

Y en la pensadora, como en tantos de ellos, hay como una rebelión frente a ese destino histórico sacrificial, una rebelión que pudiéramos llamar *sagrada*, pues lo es frente a ese abandono del ser en una de esas épocas históricas revolucionarias y que llevan aneja una *Anunciación*, aunque para ella *la más honda que marca este Occidente es la propuesta por el cristianismo*.

Y es que fue despertar de la inocencia y de la «solidaridad para encontrar(se) crucificado en el aspa de la historia, en la rueda de la historia que despierta una y otra vez y que pide lo humano, tal como si esta historia que conocemos, esa oscura fuerza no pudiera ser anulada [...] y lo que se buscaba era una victoria sobre ese casi

inmemorial obstáculo». ³² Una historia sin destino sacrificial y vida verdadera frente a una historia y vida apócrifa, cual vibra en la saeta de Antonio Machado:

¡Oh no eres tú mi cantar,
no quiero cantar ni puedo
a ese Jesús del madero
sino al que anduvo en la mar!

Historia que revelara el rostro verdadero del hombre en sí mismo y en comunidad con los otros.

Y cierto es que en aquella contienda el hombre y su reflejo en un pueblo y su cultura caminaron juntos. Emergió una solidaridad en la palabra como en escasos momentos de la historia se ha revelado. La cultura se abismó, en el momento en que a ello era llamada, en el pueblo. Compareció, comparecieron muchos, en el preciso instante de su llamada. Sería, pues, otra perspectiva del

tiempo de la palabra... el verdadero intelectual no viene a ser otra cosa que aquel que da su palabra, el que dice y da *nombre y figura* a lo visto y sentido, a lo padecido y callado, el que rompe la mudez del mundo compareciendo por el solo hecho de haber nombrado las cosas por su nombre, con riesgo tan cruel de no acertar con la palabra justa y el tono exacto en el momento exigido por la historia... de haber dicho demasiado o muy poco, antes o después mas no entonces, en el instante decisivo que no vuelve si se le ha dejado perder. ³³

Y aquella contienda fue llamada *Poetic War*, guerra de los poetas, pues a ella fueron llamados los que, recordando a Pitágoras y más allá de toda frontera, se reconocían *por obedecer a la misma música*. Y no fructificó en su acepción inmediata aquella lucha y quedaría en germen, profecía y palabra. «Me llevo la palabra», expresaba León Felipe cual reflejo de su exilio. Más amargamente, Luis Cernuda lamentaba:

Ellos, los vencedores
Caínes sempiternos,
De todo me arrancaron.
Me dejan el destierro.
[...]
Contigo solo estaba,
En ti sola creyendo;
Pensar tu nombre ahora
Envenena mis sueños
[...]
Un día, tú ya libre
De la mentira de ellos,
Me buscarás. Entonces
¿Qué ha de decir un muerto? ³⁴

32. Op. cit., pág. 85.

33. Op. cit., pág. 86. La cursiva es nuestra.

34. Cernuda, L., «Un español habla de su tierra» *Las Nubes en Poesía completa*, vol. 1, Madrid, Siruela, 1993, pág. 310.

35. Zambrano, M., *La tumba de Antígona* en *Litoral*, t. 1, Málaga, 1983, pág. 25.

36. Op. cit., pág. 64.

37. Zambrano, M., *Las palabras del regreso*, Salamanca, Amaru, 1995, pág. 174.

38. Zambrano, M., *La tumba de Antígona*, ed. cit., pág. 36.

Mas para *María Zambrano la tragedia no puede quedar en inacabable llanto, en una lamentación sin fin y sin finalidad*. Y juega con el lenguaje para irse desvelando como una de las voces medulares del exilio. Y así rebasa un nombre universal.

Nombre y también figura, entrañando la tragedia civil inmediata en aquella primigenia de Sófocles, *Antígona*, en el trasfondo de una guerra civil entre hermanos y su desenlace sacrificial. *El tirano –aquí Creón– que se cree señor de la muerte y que sólo dándola se siente existir*. Y Antígona, la hermana que por cumplir la ley humana entrañada en lo sagrado es condenada a ser enterrada viva desde la terrible lógica del acontecer apócrifo... Su palabra bien pudiera ser la de los condenados o víctimas del mundo reciente: «No hay nada que hacer, ni yo tendría nada que hacer. El juez tenía que condenarme, pues que su ley es esa, condenar. Y yo ya lo sabía cuando lo hice... es la ley razonadora... la diosa de razones disfrazada». Pero hay otra ley, la del Amor y la Piedad, que la llevó a dar humana sepultura al hermano; ley natural, humana «que está por encima de los hombres».³⁵

Antígona, frente a Medea que sacrifica a sus hijos, es paralelamente el símbolo del exilio, debe exiliarse como compañera del padre, Edipo, y queda encadenada en los laberintos de la guerra civil y de la familia.

Desde otra perspectiva, la losa que cierra la caverna y que supondrá el encierro de Antígona muestra esa gravedad «por la que todo se vuelve pesado bajo los vencedores, todo se convierte en culpa, en losa de sepulcro. Todos vienen a ser sepultados vivos, los que no han vuelto, tal como decretan ellos».³⁶

Y frente a ello transcurre un tiempo cronológico, imagen de muerte de los que activa o pasivamente consumen sus vidas en el exterior, y que «refleja esa dificultad creciente que ante el logro se opone y ante el horrendo espectáculo dado por los más cultos de los pueblos, se hacen visibles las potencias oscuras verdaderamente infernales que al hombre acechan [...] que serían el infierno, el infierno que se abre en las entrañas de la historia y aún en nuestras propias entrañas».³⁷

En la tragedia de Sófocles la agonista en su cueva oscura, al tener que ir consumiéndose sola, halla para ella el recurso del suicidio.

No podría en la traducción –en la acepción que Hölderlin otorga a este término– de María Zambrano darse muerte, «porque en criatura de tan perfecta unidad, ser y vida no pueden separarse ni por la muerte [...] por ese modo de muerte que la revela y por ello se le da nueva vida (hacia) un trascender revelador que es preferible llamar tránsito, cuya imagen más fiel es el adormirse».³⁸

Así la tumba adquiere un sentido de catacumba, caverna donde germinan las raíces para florecer o retoñar en el tiempo de las

cosechas; es una temporalidad subterránea y a Antígona en su encierro-exilio se le ofrece «la revelación del ser en todas sus dimensiones... se conoce y aún antes se siente como lo que es: un ser íntegro [...] un tiempo, olvido, se desliza como un tiempo que se le debe [...] un tiempo subterráneo interior».³⁹

Y de ahí su exclamación: «No, tumba mía, no voy a golpearte. No voy a estrellar contra ti mi cabeza. No me arrojaré sobre ti como si fueras tú la culpable. Una cuna eras, un nido. Mi casa. Y sé que te abrirás. Y mientras tanto, quizás me dejes oír tu música, porque en las piedras blancas hay siempre una canción».⁴⁰ Semeja que el universo poético ha trascendido al trágico, las imágenes de la cuna, la mansión, la música sugieren la de una nana en el adormilarse de la doncella, una búsqueda de sus orígenes; y quizás por ello, sin temor, se afirme: «Seguiré siempre entre los muertos hasta que el Amor, uno sólo, lo quiera».

La afirmación de esa fe extiende ese horizonte de esperanza que sugiere un despasar «aquellas sepulturas sin cadáver (que) es una de las arquitecturas de la historia, mientras que los cadáveres vivientes, sombras animadas por la sangre, vagan, mas quedándose otras en inverosímiles emparedamientos, palpitando todavía, y si lo es todavía lo es siempre mientras huye la historia, reapareciendo un día extrañamente puras, cuanto puede ser pura una figura humana de la historia».⁴¹

Antígona espera ese tiempo en el que su figura y palabra pudiesen retornar y encarnarse en la humana historia, diríamos en la primavera de la historia –si bien la fusión de sueño y vida es historia, muy pocas veces ha tenido una extensión en el tránsito humano–. Pero la profunda intuición de Zambrano ha hecho surgir a la par que Antígona el mito de Perséfone, y a través de esa sinfónica conciliación,

la gloria de la primavera, su paso aquí, ahora se hace sentir, se manifiesta indudable. Ha llegado también la hora primaveral de una historia por estrenar de algo inédito, luminoso y no destinado a perecer, pero sí a mirarlo y, a veces, calladamente, suavemente, transmitir su *música* con un sosegado cuidado, prados que han de ser guardados de cualquier irrupción ya que la primavera misma puede suscitar la tempestad.⁴²

Cada vez que Perséfone abandonaba las grutas del Tártaro, la naturaleza despertaba de su letargo y se llenaba de flores y frutos, de hojas y trigos. Pues que Hades y Zeus hicieron el pacto: la mitad del año Perséfone permanecería en las mansiones subterráneas y la otra mitad con su madre, Deméter, la diosa de la tierra, recorriendo arboledas y sembrados. A fin de que el tiempo le fuese más provechoso, el sol le obsequiaba con los días más largos, cálidos y provechosos.⁴³

Quizá fuese esa sinfonía de primavera –en el sentido griego de acorde– lo que espera Antígona, pues la pensadora ha armonizado el sentir de

39. Op. cit., pág. 37.

40. Op. cit., pág. 41.

41. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela, 1990, pág. 38.

42. Zambrano, M., «El paso de la primavera» en *Las palabras del regreso*, ed. cit., pág. 78. La cursiva es nuestra.

43. Goñi, C., «El rapto de Perséphone» en *Cuéntame un mito*, Barcelona, Ariel, 2001, pág. 85.

44. Zambrano, M., «El misterio de la flor» en *Las palabras del regreso*, ed. cit., pág. 79.

45. Zambrano, M., «El paso de la primavera», op. cit., pág. 78.

46. Zambrano, M., *La Cuba secreta*, ed. cit., pág. 256.

47. Zambrano, M., *La tumba de Antígona*, ed. cit., pág. 64.

ambos mitos. Antígona no muere, se adormece en su caverna y su otra faz, Perséfone, queda siempre en vela en los íferos, para surgir a la tierra, a la historia y deshacer el núcleo trágico del tiempo.

Pudiera ser que la palabra que se muestra, que halla el espacio para germinar, lo percibiese en el misterio, tan unido a la primavera, de la flor, «esa flor que pertenece acaso a los íferos, es la flor que al fin da la sierpe, cáliz que recoge la gota de luz y de agua celeste indispensable a Perséfone para volver a la tierra... Todo florece entonces». ⁴⁴ Y sin olvidar que, a la par, en el esplendor de la vida vegetativa, «la yedra, es metáfora de la vida que nace de la muerte y más allá del trascender que sigue a todo acabamiento». ⁴⁵

La pensadora, pese al dolor –«hasta el dolor puede llegar ser creador» en afirmación de Cesare Pavese–, ha integrado una lograda armonía: sueño, mito, poesía, cuento... hacia esa concepción del exilio como tragedia que converge en esperanza:

Agonizar es no poder morir a causa de la esperanza. No, nadie nos rechaza desde la muerte, nadie nos lanza otra vez a la vida, sino la esperanza oculta. La esperanza brota desesperadamente ante cada sufrimiento insoportable. Y cuanto más insoportable es lo que se padece, más renace la esperanza. Quizás hayamos de padecer por eso; pero la esperanza se revela en toda su profundidad. ⁴⁶

Una esperanza que se enraíza en una fe en el futuro, una fe integrada en aquel presente que no se abrió a la historia. Y el exiliado conlleva la palabra, diríamos que la sobrelleva con todas las consecuencias que ello entraña hasta poder depositarla en el lugar de origen, el adecuado. Esa palabra, que le nutre una verdad y a la que será fiel pese al abandono y aun en el temor de no ser reconocido, por los otros o sus propios familiares, cual sucede en el drama de Albert Camus, *Le malentendu*.

El peso de lo sagrado, de su verdad, guía y es yugo a la par: «Ella la verdad se me adelanta. Y yo me encuentro de vuelta, cayendo sobre mí. La verdad cae siempre sobre mí» hasta esa frontera en la que vida y muerte se confunden: «No puedo vivir sin vida, no puedo morir sin muerte». ⁴⁷

La verdad es como un aciago destino que involucra al designado en un desierto de soledad, la verdad a la que nos arrojan los dioses cuando nos abandonan. El don del abandono: «Una luz que está por encima y más allá, que al caer sobre nosotros los mortales, nos hiere, Y nos marca para siempre. Aquellos sobre quienes cae la verdad, son como un cordero, un cordero para el sacrificio», como tantas veces se ha reflejado en las primigenias leyendas y mitos.

Aquellas sobre quienes recae el peso de ser portadoras de la verdad son en la creación de María como esas muchachas núbiles cuyo

pausado caminar y rostro reflejan la inocencia de esa primera luz todavía pura en la que la Ifigenia de Esquilo –«Sacrificadme al amanecer pues que es tan hermoso ver la primera luz del día»– deseaba despedir su juvenil existencia. Bernadette Soubirous, afirmando su verdad de la aparición antes del último suspiro vital –«Sí, la he visto»–, Thérèse de Lisieux –«Quiero una agonía de luz que me consuma, sin mezcla alguna de consuelo»–... Y Antígona o Perséfone obedecen a esa música. Pertenerían o podrían manifestarse tal como en el Renacimiento exclamara alguien que dijo de sí mismo: «Puro e disposto a salire alle estelle»:

Semejan a criaturas virginales de larga vida, pues cuando se les acorta, se les da tiempo propio, inalienable. Cual dice Dilthey [...] existe una vieja creencia de que los dioses se manifiestan y revelan el porvenir de las cosas en las almas vírgenes. En el estado de pureza de alma y de impoluta belleza de su ser, piadosamente guardado vivía Hölderlin.⁴⁸

Esperan el instante de la manifestación, de la encarnación de la palabra, del tiempo que la reciba y la acoja, que despierte cual un rumor, una música: «La oirás, más claramente de lejos... cuando estés sumergido en otros asuntos... Pero tú la oirás primero, sus notas saldrán sin que lo notes... Su voz desatará tu lengua».⁴⁹

Al tener que abandonar el suelo español junto a los últimos exiliados, María se siente también

llevando algo que solamente tiene el que ha sido arrancado de raíz, el errante que se encuentra un día sin nada bajo el cielo y sin tierra; el que ha sentido el peso del cielo sin tierra que lo sostenga... y esa constante presencia de la patria como mansión, es la casa propia ante todo lugar donde se puede olvidar. Porque no se pierde lo que se ha depositado en un rincón. Y basta que un día brille la claridad de una cierta manera que algo que parecía siempre borrado se presenta como saliendo del mar, purificado y pleno de vida.

Mas parte solidariamente con los otros, el pueblo.

... así es la patria que recoge el río de la muchedumbre –que no masa sin propia identidad. Esa muchedumbre en la que uno va sin perderse, el Pueblo, andando al mismo paso con los vivos, con los muertos, porque hay que juntar toda la vida pasada que se vuelve presente y sostenerse en vilo para que no se arrastre.⁵⁰

Se integra a todas las personas, víctimas del sacrificio y sobrevivientes de una historia que se sueña posible en un Futuro.

Se inicia ese tiempo del exilio y del exiliado, sigue su camino cual D. Quijote.

48. Op. cit., pág. 62.

49. Op. cit., pág. 64.

50. Zambrano, M., *Los bienaventurados*, ed. cit., pág. 79.

51. Zambrano, M., *De la aurora*, Madrid, Tabla Rasa, 2004, pág. 67.

Antes del amanecer, antes de la palabra. *La del alba sería*. ¿Pudo tal vez ser otra cosa la del alba, la de esa alba? Aparece en la indecisión del alba como el trasunto de una duda, de una duda que nunca se dará al conocimiento. El dudar anterior impreso en lo [indeciso] y hasta ambiguo aparecer del alba. Y con ello ya desde el comienzo del humano estar aquí y ahora, ya, nacerá el conocimiento en la duda misma, ya el pensar. Y el irresistible y acordado gesto del que sale de sí, de su ahora, esa casa del hombre dentro de sí, su casa, para marchar sin saber, junto con el alba y ser como ella; para como ella decidir del día sin dejar de temblar.⁵¹

